

## Cioran, filósofo de la caída y el caos

Guillermo Coello

**E**n estos tiempos existen pocas ocasiones en las que uno pueda estremecerse. Encontrarse con la obra de Cioran es llegar a niveles de estrechamiento, en forma desmedida y aflebrada.

La obra de Cioran es reciente, de muy restringida circulación; no es como el resto de las obras de vanguardia que son rápidamente conocidas. Aunque la obra cuenta con muy buenas traducciones y prólogos ensayísticos en castellano, de nada han servido para promover su lectura.

Aquí padecemos el vértigo ciorano, que es "la ausencia de la locura". Esta República ha cerrado por decreto sus puertas a los "profetas del caos y a los apóstoles de la nada", para protegerse -según ellos- de lo "malo que existe afuera de nuestro territorio nacional". Ningún decreto más iluso que este intento de contener o evitar lo Incontenible y lo Inevitable. Aquí, en esta República de México nadie puede conquistar la ausencia de la locura sin caer en el verdadero vértigo.

Si tomamos la realización ontológica como la "embriaguez de lo múltiple" una vez pasada la embriaguez, "sólo distinguimos alrededor saciedad y disolución".

Nos volvemos a preguntar y a inquietar por la realización. Es en esta embriaguez de lo múltiple donde transcurre el tiempo, el proceso, el instante; su curso que "no es el nuestro; es el instante que llega al universo".

En esta embriaguez múltiple y vertiginosa pulsa y se desangra la realidad contemporánea. Este siglo ha sido la consolidación de la locura; Cioran en "los peligros de la sensatez" es de una claridad pasmosa. Ahora ya no es solamente el siglo de la consolidación, sino también el de la elaboración teórica del discurso de la locura.

Para esta realidad de "saciedad y disolución", Cioran es un ser de la negación y la caída que anuncia sin ningún atisbo, de esperanza, el horror; el odio, la duda, la mentira, el demonio, la vida sin objeto, la efigie del fracaso, el hastío de los conquistadores, la arrogancia de la oración, la maldición diurna; esto y más es lo que anuncia el fin. En esta realidad de fin, donde el autor produce y vive, médula del caos, Cioran admite los instantes de vínculo para romperlos en el acto, embriagándose de lo múltiple.

Para los europeos, sobre todo para los grupos de izquierda, Cioran no propone ninguna alternativa, cosa que lo hace aparecer

como un francotirador que en la última de las instancias solo beneficia a la parte más reaccionaria de la burguesía, ¿Qué hay de cierto en esta acusación aparentemente con bastante fundamento? Veamos. Toda crítica implica una alternativa, sea esta explícita o implícita, es decir, en la objetividad del discurso toda crítica sustenta la alternativa, sea esta expresada en forma sistemática, pormenorizada, etc. Pues bien, lo que hace Cioran es expresarla en forma diluida, confusa y caótica. Cioran presenta su alternativa, sólo que el sistema es incapaz de visualizarla y mucho menos de comprenderla. Cuando el autor señala la inutilidad de la palabra, su vacío, su realidad extenuada, propone, inmediatamente, una alternativa difícilmente aceptable por un sistema fincado en la explotación y la desgracia: **crear aulladeros para encontrar, reencontrar la fuerza y la virtud técnica.**

Esther Silegson nos asegura que Cioran es un "hereje en la herejía, un heterodoxo en la heterodoxia". El único temblor que se permite es el de la duda; fórmula que le permite, que lo posibilita para encontrar la caída del tiempo y de la historia; caminar los opuestos de la ira que se niega y que se sabe muerta.

En el rigor de las últimas consecuencias, Cioran expresa, además de la decadencia y descomposición del sistema y la realidad que nos ha tocado vivir, la actitud del desilusionado; propone hacer las mismas cosas que hacen los demás, con la diferencia de que nosotros no pongamos en ellas la mínima de las ilusiones.

Cabe aquí una pequeña aclaración de graves magnitudes: Cioran desconfía de todo aquel que habla por nosotros; más que desconfiar, lo toma por un enemigo.